

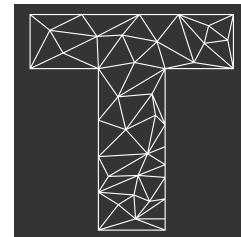


LARGA NOCHE HACIA MI MADRE: FOUCAULT, LA LOCURA Y LA MEMORIA COMO PERDIDO RESABIO

Óscar Gerardo Alvarado Vega

Fotografía:
Francisco Javier Mojica Mendieta

LARGA NOCHE HACIA MI MADRE: FOUCAULT, LA LOCURA Y LA MEMORIA COMO PERDIDO RESABIO



Larga noche hacia mi madre: Foucault, madness and memory as an lost aftertaste

Revista Trama
Volumen 11, número 1
Enero - Junio 2022
Páginas 111-125
ISSN: 1659-343X
<https://revistas.tec.ac.cr/trama>

Óscar Gerardo Alvarado Vega¹

Fecha de recepción: 2 de setiembre 2021

Fecha de aprobación: 19 de julio 2022

Alvarado, O. (2021). Larga noche hacia mi madre: Foucault, la locula y la memoria como perdido resabio. *Trama, Revista de ciencias sociales y humanidades*, Volumen 11, (1), Enero-Junio, págs. 111-125.

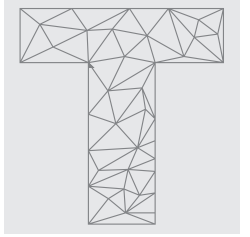
DOI: <https://doi.org/10.18845/tramarcsh.v11i1.6402>

1. Filólogo y docente. Escuela de Estudios Generales. Universidad de Costa Rica. San José, Costa Rica.

Correo electrónico: oscar.alvaradovega@ucr.ac.cr

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-3897-0232>





RESUMEN

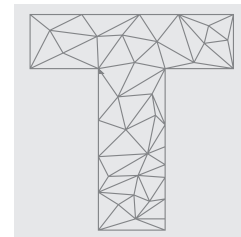
En este abordaje de una novela costarricense recurrimos al concepto de locura foucaultiano, como punto de partida teórico. El texto analizado presenta la manifestación de la locura como espacio de enajenación física y mental que embarga a la madre de Tito. Ante la desesperación que provoca en este, el delirio termina por hacer, también, mella en él, y ambos se sumergen en ese mundo de oscuridad prefigurado desde el título mismo. De tal manera, la noche es advenimiento de una locura social y mental, lo cual es precisamente la conclusión de nuestro análisis. Esto por cuanto la locura es también un constructo social e histórico para enajenar al sujeto desde el poder del discurso.

Palabras clave: enajenación, oscuridad, asilo, sociedad, memoria

ABSTRACT

In this approach to a Costa Rican novel, we resort to the Foucauldian concept of madness as a theoretical starting point. The analyzed text presents the manifestation of madness as a space of physical and mental alienation that overwhelms Tito's mother. Faced with the desperation that it provokes in him, the delirium ends up making a dent in him, too, and both are immersed in that world of darkness prefigured from the title itself. In such a way, the night is the advent of a social and mental madness, which is precisely the conclusion of our analysis. This because madness is also a social and historical construct to alienate the subject from the power of discourse.

Key words: alienation, darkness, asylum, society, memory



I. LA LOCURA Y LA MEMORIA COMO RESABIO DE LO PERDIDO

De Carlos Cortés vale recalcar su importante producción literaria a lo largo de varias décadas. Es uno de los escritores urbanos de más renombre actualmente, y, como apuntan Margarita Rojas y Flora Ovaes, en torno a él y varios escritores confluentes:

Algunos rasgos de su narrativa son los siguientes: el predominio de personajes derrotados, la violencia como forma fundamental de la relación social y la usencia de salida ante los problemas vitales, todo lo cual configura, en la mayor parte de esta narrativa, un mundo hostil al individuo y hablan de su incapacidad para localizar el origen de la violencia (Rojas y Ovaes, 2018: pág. 892).

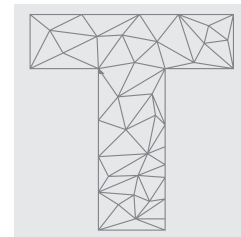
En esta novela, publicada en el año 2013, y del escritor costarricense Carlos Cortés la locura se vierte hacia una especie de memoria por la cual transita el personaje, ya un hombre maduro, en el intento por anudar y comprender, mejor su pasado y con ello su presente

La casa en la cual vivió se va deteriorando, mientras él realiza el ejercicio casi desesperado por entender mejor a quienes se mueven a su alrededor, los cuales son personajes que le marcan y refuerzan su propio conflicto como sujeto.

En medio de ese conflicto, y de la locura de la madre, Tito va manifestando su propio problema personal y mental. No escapa a cierta locura que trasciende y deambula por el texto, que marca su devenir por el mundo a lo largo de los años.

La novela nos presenta a Tito, hijo de Lily, como sujeto narrador que realiza un viaje hacia su propio ser, en esa relación conflictiva con la madre enferma. El título, Larga noche hacia mi madre, construye la idea, y la manifiesta, de un viaje espacio-temporal que marca la dureza de ese desplazamiento. No es un viaje grato, es un desplazamiento en el cual la noche, la oscuridad de esta, marcan ese recorrido, y golpean el sufrir del personaje.

Es importante recalcar, con base en lo dispuesto en este texto, la relación entre literatura y locura, que para Foucault no son ajenas, en definitiva, pero tampoco, y eso es claro, son lo mismo. Se interrelacionan, como pueden hacerlo muchos discursos, pero sin perder cada uno de ellos su espacio en el discurso:

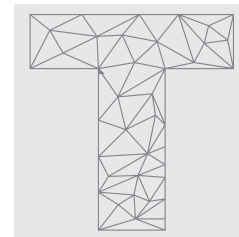


hay que distinguir la locura real y la literatura. Repito una vez más que la locura real se define por una exclusión fuera de la sociedad; así pues, un loco es, por su misma existencia, constantemente transgresivo. Se sitúa siempre "en el exterior" ("au-dehors"). Pero la literatura no está "en el exterior"; en virtud de este modo de exclusión, sino que puede estar en el interior del sistema social (Foucault, 1999: 384)

La novela plantea, de igual manera, ese viaje hacia su propio ser, hacia su interior, ya no solo hacia el mundo de los otros y el de su madre, la cual va construyendo a partir de retazos. Él mismo necesita construirse, identificarse y reafirmarse. Es por ello que esa interacción fuera-adentro que efectúa Tito establece la necesidad de construir el mundo y a sí mismo en él.

Su proceso de transformación desde su niñez hasta la edad adulta lo va convirtiendo en un sujeto signado por las relaciones conflictivas que se tejen y destejen a su alrededor. Sus recuerdos de infancia se mezclan con los del hombre y así va delimitando su ser. Aprende y conoce su entorno, el de su familia. Esto constituye un viaje de auto descubrimiento.

De inmediato surge la pregunta en torno a su estado mental: ¿quién ha pasado por un proceso de enajenación mental mayor? ¿Tito o su madre? La locura asignada a la progenitora aleja a este de cualquier manifestación de esta hacia sí mismo. Pero el desarrollo de la novela va construyendo el proceso de conocimiento y, paradójicamente, desconocimiento que el personaje manifiesta con respecto al entorno en el cual se mueve. Él mismo es sujeto de conflicto. Lo cierto es que Tito también manifiesta momentos de delirio, con la diferencia respecto a su madre de que ésta está encerrada, es decir, hay una confirmación social de la locura asignada, legitimada que hace que Lily termine en un sanatorio. Hay un discurso construido al respecto. No pasa así con Tito, quien se reviste del discurso de la normalidad, es decir, de aquel que está confirmado socialmente, razón por la cual deambula con el resto de la sociedad, a pesar de su solipsismo. No debe olvidarse que la locura, desde la perspectiva teórica de Foucault, comporta una asignación social a ciertos sujetos, con el fin de recluirllos y separarlos del resto de la sociedad, pues se convierten en alteridad.



En todo caso, es claro que la novela manifiesta un proceso de tránsito y de preparación hacia la muerte, la cual no necesariamente se convierte en muerte física, pues la enajenación es una manera de prescindir del contacto con el mundo, y de morir metafóricamente. La desconexión con un mundo que legitima existencias es el origen de una desidentificación del mundo, de un borramiento simbólico. Es la madre y el propio Tito.

Tito parece irse reconociendo y, con ello, ocurre lo mismo con su familia, a la cual reconoce como tal. No obstante, la novela, en ese desarrollo de la historia, plantea la desmitificación del padre, un ser que parece que se difumina en el texto, ante la mirada de Tito que intenta comprender la figura de su progenitor. En ese triángulo que constituyen su padre deletéreo, su madre enajenada, y él con sus propios problemas que no logra resolver a plenitud, se teje a narración.

De igual manera la novela hacia el final cierra con un proceso de escritura, que pone sobre el tapete de nuevo la lectura en torno al escritor, al artista en general, como sujetos marcados por una cierta "locura asignada" desde afuera. Es la propia historia de Tito, él mismo como escritor. No es el profesional estipulado en el canon actual, sino el revestido por un afán de diferencia (la escritura y su hacer) que lo signa hacia el final del texto.

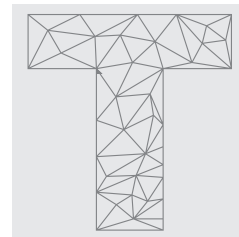
La novela plantea, paradójicamente, la relevancia y el dolor de los recuerdos como forma vital del ser humano en su acontecer.

Al inicio del texto, pre novela, ya los epígrafes apuntan a la interioridad del sujeto y su conexión con el mundo: las fuerzas internas, la relación con la madre, el tema de la muerte, el cuerpo, la enfermedad que deviene como intertextos de lo que ha de desarrollar Larga noche hacia mi madre.

La idea de la locura de la madre, con lo cual inicia el texto, en esa relación de amor-odio hacia esta por parte del hijo, desde una suerte de incipit ya nos podría dar cuenta del conflicto que define la trama de la misma.

La enfermedad de la madre converge con su estado físico: un deterioro mental y externo que la convierte en una especie de sujeto reducido por la vida. Esto repercute en la vida de Tito, desde su niñez:

"¿Dónde empezó todo?" debí preguntarle a la asistente social. Cuando



vi llegar a mamá a cuarto grado, a la clase del profesor Solano, la vida aún parecía simple y ya no lo era: ella estaba loca y nadie explica las cosas inevitables por sencillas que puedan parecer. Era muy poco lo que yo podía hacer para ayudarla y casi nada para entenderlo. Ni siquiera podía ponerle nombre a lo que le pasaba ni a la manera en que me sentía. Loca, locura, mal de los nervios o depresión surgieron después, siempre en boca de los demás. Tan solo pensé que la otra mitad de mi vida, la que quedaba viva después de la desaparición de mi padre, me abandonaba. ¿Con quién me quedaría? ¿A qué me aferraría? ¿Qué haría con mi dolor? (Cortés, 2013: 14).

La cita anterior refiere, de manera precisa, la crisis que signa a Tito a lo largo de su vida. La enfermedad de su madre lo marca, y ello lo ha de acompañar por siempre, al lado de sus problemas internos, psicológicos. Vive su propia locura al lado de la madre, legitimada aquella, escondida la de él.

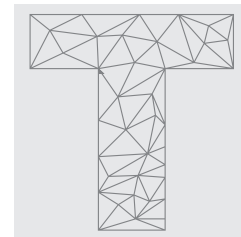
Su delirio lo envuelve en pesadillas, las cuales lo acompañan incluso en sus momentos de sueños y de vigilia, y lo atormentan:

En la adolescencia imaginé mi insomnio como un enorme ojo devorándome los párpados. Los párpados, las comisuras de los labios, las mejillas, la nariz, el rostro, hasta convertirlo en un hueco espantoso. Mamá sin ojos significaba otra cosa y también fue un sueño recurrente. Cuando lo soñaba invadía una zona secreta, perpetraba un pecado, un acto prohibido de horror y de traición (Cortés, 2013: 17).

La enfermedad de su madre lo lleva a odiarla, por siempre, pues la locura de esta lo acompañó el resto de su vida, tal como él mismo lo apunta. La no cura, la no recuperación, y lo que ello significa, lo envuelve por completo, lo transforma en sujeto impotente para aceptar la idea de una madre enajenada y de un padre muerto. Todo el entorno es nocivo para ambos hasta reducir por completo a aquella, mientras a él lo va despojando desde su niñez.

La locura de la madre es de odio hacia el mundo, de actos revestidos de extrañeza y carentes de lógica, los cuales él no logra entender, pero sabe que responden a la enfermedad de esta. El mundo de ambos se va resquebrajando.

La madre cuenta a Tito lo referente a las relaciones sexuales que mantenía con su padre, con el cual no logró compaginar en ese aspecto. Esto también la marca, incluso en su viudez, cuando sostiene relaciones



con un novio temporal. El trauma la golpea, pero repercute en el niño que no logra asimilar lo que su madre tiene, de lo que no escapa.

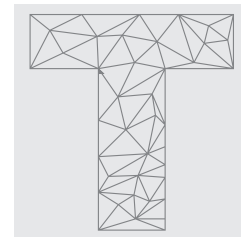
El insomnio va golpeando también parte de sus recuerdos, lo marca, pues estos tienen en ellos la figura de la madre, su estado de desposesión, y las pesadillas que emergen tienen un aspecto descarnado, del cual él participa: ojos sin párpados, ojos ciegos, túneles, oscuridad, recuerdos dolorosos. La espera que se mantiene siempre en torno al estado de la madre, lo obsesiona, lo mismo que a la otra hija de Lily, Mariana:

El teléfono resonó, descolgué y escuché lo que decían del otro lado. Habíamos pasado una mala noche, como todas aquellas malas noches en el asilo Chapuí. Mariana tomó el auricular. Cerré los ojos o nunca los abrí mientras ella se enroscó en mi cuerpo y yo me arrojé al abismo de una vigilia confusa. El cansancio me llevó a un lugar en el que casi me sentí seguro pero no hay lugares seguros en un asilo psiquiátrico-. Creí que habían pasado horas desde la llamada telefónica avisándonos y fueron segundos (Cortés, 2013: 35).

La tía Nena comparte también su espacio en ese sitio de dolor y frustración con respecto a la madre. La degradación humana que se respira en el asilo, los llena a todos de un pesimismo que no logran resolver existencialmente. La sola descripción del lugar, ese espacio de encierro, es ya determinante en la posición de desencanto que asumen, pero que no pueden cambiar. Es mejor ello, a cargar sobre sus hombros la ingente tarea de una madre y hermana enferma, perdida en su propia carencia mental. Ese espacio de gritos, de vómitos y convulsiones, como lo cita el personaje al adentrarse en el lugar, en donde la putrefacción del cuerpo (y quizás también de los demás aspectos que componen la interioridad misma del sujeto en su psiquis), contribuye a la degradación mencionada, acaba con el ánimo de Tito y los suyos.

La muerte es el tema recurrente del lugar, una muerte degradada, desprovista de una mejor condición humana, infravalorados. Es la derrota plena que los conjunta, que los une, quizás por única vez.

La locura de la madre la separa de todo y de los suyos, incluso de su propia casa. En medio de lo que parece una familia disfuncional, la carencia de la madre deriva hacia la evasión que la divide, la distancia del resto. Su locura, sin embargo, no la alivia, sino que parece envolverla y esclavizarla a un ámbito de total ruptura con el mundo, y con su familia.



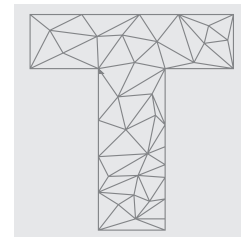
En su niñez, Tito no logra entender la diferencia entre la locura de su madre y el carácter, ciertamente difícil, de la tía Lilliam, a la cual sí define como loca.

Foucault (1998) apunta en *Historia de la locura en la época clásica*, que el enfermo mental, en el momento en que entra al asilo, está condenado a no salir más, pues ingresa para ser borrado, invisibilizado y aislado del resto de la sociedad, pues es un sujeto marcado por la alteridad que reviste una amenaza y una incomodidad social. En esta novela, se plantea el hecho de que más bien, aun cuando exista una posibilidad de reingreso a la sociedad, una reinserción, el loco, una vez reincorporado, ya no es el mismo:

En el Chapuí dejó de ser ella. Los hospitales psiquiátricos tienen ese rasgo que podría considerarse aterrador. Nunca devuelven a las mismas personas que ingresaron sino a otras. Conservan una apariencia similar y algunos rasgos de su personalidad pero son otros. Están vacíos. Huecos. Sin nada en su interior. Con los ojos velados por una niebla insensible (Cortés, 2013: 62).

El asilo es condena, es infierno, es límite de la condición humana, es marginalidad, es encierro, es pared, es cerca, es olvido. La locura de la madre se vuelve en aspecto más infernal para Tito, pues la inmediatez de esta, su mismidad, su identidad, su sangre, lo desespera, lo frustra. No soporta la idea de la locura en el ser más cercano, como tampoco la tolera en la medida en que esta cercanía es afectiva y espacial. El odio sobreviene derivado de ello, pues es castigo que recibe por parte de los otros centrado en la condición de Lily. El Chapuí es castigo, no lugar de cura. De nuevo el postulado foucaultiano tiene lugar para él. Es decir, la locura es una asignación, de acuerdo con Foucault, que se asigna a los sujetos en condiciones en las cuales como marginales o sujetos no productivos socialmente, permanecen fuera del sistema de normalidad establecido por el discurso de poder. La madre de Tito es uno de esos sujetos, razón por la cual el discurso de poder, el discurso de la normalidad, la ubica en el espacio de los anormales, y por ello queda relegada al asilo como espacio de una mirada vigilante asignada a los médicos y enfermeras.

La asimilación simbiótica entre asilo, centro penitenciario y jardín de niños se convierte en un fardo que Tito no logra soportar. Es la carencia de la dignidad humana, la perversión de hombres y mujeres en tanto nueva versión de sí mismos, pero degradados. Todas las características conferidas al asilo se reducen a las de un lugar de castigo y encierro,



con verjas, candados, alambres, represión, cadenas, cerraduras y más. Es la condena vital que tiene como corolario paradójico la no salida o la transformación que deviene en involución.

Lentamente, el entorno afecta el devenir de Tito, desde el paso de una casa a otra mientras terminan de establecerse, y la enfermedad de su madre, el carácter de la tía Nena, la difícil niñez que debe enfrentar y la imposibilidad de entender a plenitud lo que acontece a su alrededor.

Mientras tanto, la voz de la madre, ya en el hospital, manifiesta la pesadez que le representa ese mundo de desposesión en el cual hombres y mujeres se ven reducidos y vencidos.

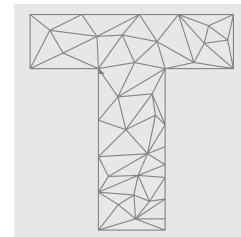
Es un lugar enajenante, que despoja, que degrada, al cual se ve incorporada. Es el espacio en el cual ya el cuerpo pierde la posesión de sí mismo, tal como la propia Lily lo reconoce al ingresar a este, en donde la desnudez deja de tener significado, donde el decoro pasa a un segundo lugar, y en el cual la mente, extraviada, perdida, pierde su eficacia, o parece perderla. Es una especie de Cachaza, novela de Virgilio Mora, publicada en 1977.

El penetrar en el asilo provoca de inmediato un proceso de degradación automático. Lily se ve despojada de su ser. Ya no es lo que era. Se ve conducida hacia un espacio vital diferente, y es consciente, aun en ese momento, de este cambio, para ella y los demás pacientes.

Pierde el habla, o por lo menos la posibilidad de comunicarse con los demás, mientras lo único que emite son frases incoherentes o sonidos ininterpretables. Es consciente de una locura que se le viene encima, y que lentamente la va a poseer por completo, y a desconectarla del mundo.

La desposesión física y mental es el punto de llegada, en un proceso pleno de derrota.

El recuerdo del padre golpea la memoria de Tito y Lily, y repercute de manera distinta en los delirios de ambos, aun cuando la locura que los enlaza como madre e hijo sea parte del proceso de enajenación irreversible que los golpea. No logran superar la ausencia del padre y progenitor, por lo cual la evasión (o enajenación) hace mella en ambos, aunque de manera no tan patente en el hijo.



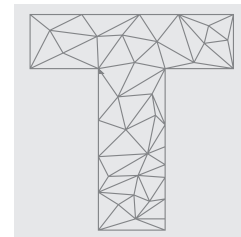
La pérdida que sufre la madre la golpea en todos los ámbitos, y la misma casa pasa por un proceso de desposesión material y afectiva que la reducen por completo. Parece resultarle ajena, pero al mismo tiempo atrocamente cercana, por lo cual su relación con la vieja casa adviene en una situación enfermiza:

Los pastilleros dorados se sumaban a otras aglomeraciones de cajas, bultos y amasijos diversos que mamá guardaba en diversos estados de podredumbre y humedad y que se multiplicaron paulatinamente conforme aumentó la soledad y el abandono. Un moho de ceniza cubrió el dormitorio con una capa de inmovilidad. El mundo y la mente de mi madre se detuvieron en ese espacio cerrado. Ella se fue del lugar, pero no se fue del todo. El cuarto y el resto de la casa se cubrieron de bolsas en las que mamá guardó algo que no encontró jamás. No sé. El sentido de la vida (Cortés, 2013:116).

La ausencia del esposo le detiene su presente, le congela el tiempo y la deja en un espacio temporal y mental que no ha de cambiar en adelante. Es una especie de Jerónimo Peor, como le ocurre al personaje de la novela *Los Peor*, de Fernando Contreras, el cual ve estancada su vida en una etapa en la cual lee y se reviste de ser e identidad. La madre de Tito, ante la desposesión, la separación del esposo, pierde la noción del entorno, como si leyera un estado permanente de la vida, invariable, pero doloroso de manera sostenida.

La locura de Odilie (Lily) arrastra consigo, después de su muerte, a Jenny, la enfermera que cuidó de aquella durante el proceso de enfermedad mental. Posteriormente, esta termina en el asilo, y trata de olvidar, desligarse, de todo lo que tenga que ver con imágenes religiosas, de las cuales se deshace, abrumada por la presencia de estas. Reza, implora, lee la Biblia pero se afana en rehuir de lo que representan las imágenes, las cuales considera blasfemas.

Poseída, no de otra manera, por una secta evangélica fundamentalista, como apunta la novela, el personaje se ve arrastrado a situaciones límite, lo cual implica despojarse de todo lo material (el dinero) para donarlo a la secta, aun cuando sus hijos pasen hambre por ello. El debilitamiento de su grupo familiar, la degradación de sus hijos, el abandono por parte de su esposo, y la plática con figuras que están en su imaginación, la va marginando ante el resto, en un proceso lento de extravío mental. Su fanatismo religioso termina también por consumirla.



Su locura, tal como lo percibe Tito, es una locura fuera de lugar (como toda locura), exacerbada por sus creencias religiosas, con una fuerza interior que termina por separarla del mundo, de distanciarla de este, y que trae como resultado la carga de la cual no puede dar cuenta desde su propia interioridad y subjetividad. La separación de la madre enferma, de la cual se despide, es el corolario de su propio espacio y encierro, de su camino al ensimismamiento, que a su vez también lo distancia. Desde tal perspectiva, la novela no es una textualidad que delata y evidencia una locura maternal, sino una serie de locuras que se mueven alrededor de esta, que son ramificaciones, derivaciones de la primera.

La despedida de la madre, el adiós, es el desencadenamiento de un dolor maternal y filial que trae consecuencias para ambos. La locura de la madre, la despedida que se hace de esta, es también la “liberación” de un desgarramiento interno en Tito, que da cabida a sus propios fantasmas, los cuales no llega a resolver, y derivan en su problema interior. Larga noche hacia mi madre, es una regresión que también implica el viaje largo hacia el propio yo, hacia el origen de la locura que también porta el hijo en conflicto.

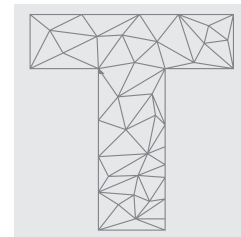
Es un viaje simbólico hacia las perspectivas personales de varios personajes, que tiene como centro la relación disfuncional entre la madre y el hijo, pero que trae claramente conflictos a quienes se relaciona e interrelaciona con estos. Quizás la locura no sea sino la no resolución de los grandes problemas existenciales que marcan el devenir de cada personaje, y que claramente no pueden responder ni solucionar.

La locura es un “proyecto” de carencia que no finaliza, sino que se hace y se materializa de manera permanente. Es el conflicto que no tiene fin, y que golpea a cada uno a lo largo de sus vidas.

Tito escribe, pero también, como escritor, es capaz de narrar, de describir su vida y la de quienes le rodean. Esta descripción es una historia de dolor, marcada por el sufrimiento, por una locura que teje y desteje las relaciones familiares, a que parece en ocasiones extenderse a todos los de su núcleo.

La locura de la madre marca el frenesí mismo de Tito, quien en ocasiones no sabe si sueña o vive una pesadilla. Su delirio está signado por un sufrimiento permanente.

Tito soporta de la mejor manera, en medio del sufrimiento, la



locura de la madre, pero no soporta que esta se evidencie ante la mirada de los otros. Acaso sea la vergüenza de un estigma que golpea más si quien lo ostenta es la progenitora. Desde ese punto de vista golpea su propia dignidad, más como hijo, como sujeto. De allí que desborde un resentimiento contra esta:

Ya no contaba con ella. Me di cuenta de que era huérfano de padre y de madre y empecé a odiarla (Cortés, 2013:182).

La pérdida paulatina de la madre que sufre el hijo, lo sume en una caída de la cual no ha de levantarse. Y el saber y conocer el proceso mismo de la enajenación de esta le resulta aún más doloroso en cuanto lo sabe y los demás intentan ignorar el duro pasaje vital del hijo, sin atreverse a colaborar con este. Y es que la misma descripción de la enfermedad de la madre parece convertirse en una simbología del despojo por la cual atraviesan los miembros de su familia, "succionados" por la situación monstruosa que deben enfrentar:

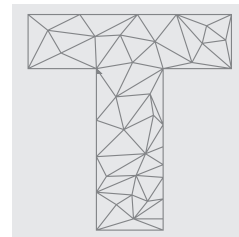
No todos aquellos años, marcados por la sombra irrevocable de la locura, fueron infernales, hubo algunos momentos de una incierta o momentánea felicidad, como toda felicidad. La vida cotidiana pasó a otro plano y nos convertimos en huéspedes de la enfermedad de mamá, un vampiro que cada noche nos chupaba una cuota de sangre sin quitarnos la vida, dejándonos sufrir lentamente.

Fueron los primeros signos de la enfermedad maniaco-depresiva que la mató y el anuncio ineludible de que nos adentrábamos en un camino oscuro que no tenía retorno ni esperanza de recuperación. Todos sabían que yo lo sabía y actuaban como si no lo supieran. Pero yo lo supe desde cuarto grado, desde que llegó a buscarme a la clase del profesor Solano (Cortés, 2013: 184).

El fardo de lo que representa la enfermedad de la madre lo convierte en un sujeto también, de alguna manera, desquiciado. Su propia locura es producto de una lucha interna contra su imposibilidad de enfrentar con mayor éxito lo que sucede, y una batalla externa contra un mundo que también lo ha enajenado, y del cual él se ha distanciado a su vez.

Simplemente parece no tener asidero alguno.

El detestable silencio que se le impone, resulta represivo e insoportable, torturante, de manera que Lily imagina este como una mutilación físico-psicológica, un calvario de dolor:

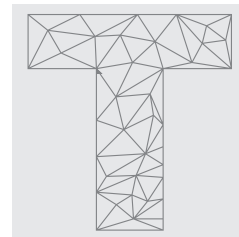


Ya puedo hablar, les digo, quitándome el alambre de púas que me sujeta los labios. Desabotonándome los labios. Arrancándome los labios cosidos de palabras. Así me siento. Tu mamá está loca. Una cabeza reducida por los indios jíbaros. Cállese. Si no se calla la vamos a mandar al asilo. Las cosas verdaderas no pueden decirse de otro modo. O no pueden decirse de ningún modo y de cualquier forma se dicen. Vieja loca.

Había una vez esta historia de sangre, dolor y olvido (Cortés, 2013: 194-195).

La vida de Nena también pasa por ese proceso constructivo deformante de la locura. El ver a su hermana la marca también de forma dolorosa. Los recuerdos se le desvanecen, mientras el mal de Párkinson la reduce por completo, hasta “separarla” del resto del mundo, hasta aislarla, y dejarla en una burbuja de olvido.

El último retroceso de la historia ubica el nacimiento de José (de Tito), y la locura ya inminente que se fragua sobre la madre. Es el regreso a su historia de desposesión, o quizás simplemente a un recuerdo de locura que ya no tiene regreso posible.



II. BIBLIOGRAFÍA

Cortés, Carlos (2013). *Larga noche hacia mi madre*. San José, Costa Rica: Alfaguara.

Foucault, Michel (1998). *Historia de la locura en la época clásica* (I y II tomos). México, DF: Fondo de Cultura Económica.

Foucault, Michel (1999). *Entre filosofía y literatura*. París: Paidós.

Rojas, Margarita; Ovarés, Flora (2018). "La narrativa", en 100 años de literatura costarricense (Tomo II). PP 892-902. San José, Costa Rica: Costa Rica y Universidad de Costa Rica.